

La sombra de la corriente norteamericana conocida como realismo sucio es muy alargada, en particular la del prolífico Charles Bukowski. Continuamente aparecen autores que se adhieren a una escritura descarnada y sin tapujos, con un estilo espasmódico de frases breves como latigazos. Es el caso de Isabel González, cuya obra prima 'Casi tan salvaje' ha publicado Páginas de Espuma, dentro de su batalla a favor de la narrativa breve, siempre tan necesitada de editores arriesgados. El hecho de que la autora encabece su estreno en las distancias cortas con una cita del líder del grupo Extremoduro Roberto Iniesta, en concreto de su canción 'Standby', ya es una pista de por dónde van a ir los tiros; si bien, todo hay que decirlo, compensa las desolladas palabras del cantante con unos versos de 'Laberinto de fortuna' de Caballero Bonald.

Esta ambivalencia de entrada se transmite a los relatos, muchos tremendos, que se mueven entre la inmediatez de la materia narrativa conformada en la rabia de la expresión y ciertas resonancias librescas o filmicas de fondo, cuya conjunción da como resultado un lirismo bronco, expresionista, amenazador, realmente muy original. Es un estilo abrupto, con algo maño, como la autora, lo que no es óbice para que se solace en la inusitada belleza de palabras como sarrio, tachuela o alcayata. En varias historias resisten mujeres fuertes, actuales, que dicen lo que no cuenta y que han aprendido a mentir como método de supervivencia; lo que hay, vaya: «me he levantado a las seis, he planchado, he enviado dos correos y he contemplado a mis hijos mientras dormían». Viven -al parecer la autora pasó su niñez en una gasolinera en un campo que ya no es tal, en sitios fronterizos: urbanizaciones, polígonos, villorrios..., en no-lugares proclives a la pérdida de la identidad y a la desorientación, también al desamparo.

Pienso que los cuentos son mejores cuanto más concisos, tal vez porque la autora debería calibrar mejor la trama y no dejarse llevar por el impulso maquinal, por la fuerza en sí de la escritura; e incluso cabría preguntarse si no le convendría domeñar semejante turbión creativo, como sucede en relatos como el que da título al volumen, el de una adolescente consentida y su jardinero peruano o el que cierra de manera espléndida el libro. Aunque de ser así, de hilvanar más los argumentos, probablemente perdiera la frescura y el efecto contundente de su



'Habitación de hotel' (1931), de Edward Hopper.

prosa, quién sabe.

En 'Asco' (Eutelequia) el zamorano José Ángel Barrueco, bukowskiano de pro, irredento, se acoge sin embargo a la tutela de otro maldito, el malogrado David Foster Wallace, al que recuerda varias veces balanceándose en su sótano con la sogá al

cuello, puesto que se embarca con su novia y parte de la familia en un crucero de lujo por el Adriático durante una semana, con escalas en Dubrovnik, Venecia, Alberobello u Olimpia, en el mismo barco, el Zenith, en el que lo hiciera el escritor de culto norteamericano. De hecho,

Wallace escribió un reportaje sobre su experiencia, 'Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer' (Mondadori), que Barrueco va coqueteando, más que nada como consuelo. El autor es del mismo año que I. González, pero a diferencia de ésta lleva ya casi una decena de títulos y

ha aparecido en no menos de veinte antologías. Dedicó el libro a nuestro colega de suplemento Tomás Sánchez Santiago y a su homónimo alemán Bernhard, a cuya prosa de hormigón también se encomienda, un tanto de farol, porque luego tiende a una ironía amable, más bien

blanda. No está mal la elección, desde luego.

Barrueco recurre a una forma aproximadamente diarística, a menudo casi sumaria, a tal punto que el lector, una vez llegado a puerto con el libro, está vacunado contra semejantes viajes -si bien el autor, al cabo, se redime bas-

